

JOHN S. OTT Y ANNA TRUMBORE JONES, *THE MEDIEVAL CLERGY (800-1250). A SOURCEBOOK*, TORONTO, PONTIFICAL INSTITUTE OF MEDIAEVAL STUDIES, 2024, 511 PÁGS. ISBN: 9780888443137

JUAN CARLOS DE LA FLOR GUTIÉRREZ
Universidad de Castilla-La Mancha

A la altura de 2025, sigue resultando complejo encontrar colecciones documentales que se ajusten a un espíritu historiográfico renovado y de cierta vitalidad o que, al menos, reflejen una auténtica vocación docente para su aplicación en el aula. Cuando acudimos como investigadores a realizar nuestras consultas en archivos o bibliotecas capitulares, diocesanos, o incluso las secciones desamortizadas en las grandes instituciones de memoria nacionales, lo habitual es encontrar ciertas colecciones diplomáticas y cartularios clásicos. Son publicaciones fundamentales a través de las cuales podemos consultar de manera sencilla y rápida numerosos privilegios y documentos emanados de cancillerías regias, diocesanas o de la apostólica. En ellos dotan, conceden y confirman privilegios, derechos e inmunidades a distintas instituciones eclesiásticas.

Reúnen la documentación más solemne y relevante para las corporaciones clericales, que la custodiaban y copiaban como parte de su memoria y garantía de sus derechos, propiedades y jurisdicciones. Pese a ser el resultado de grandes esfuerzos y de la dedicación de historiadores, paleógrafos y diplomatas expertos, no deja de ser la memoria documental más localizable, más latente en el seno archivístico de las iglesias. Entre sus líneas podemos localizar a los principales rectores de la vida eclesiástica diocesana o incluso del reino o la Santa Sede. Pero las voces y vidas de los escalones inferiores se nos escapan, así como otros aspectos que, contenidos en una documentación menos solemne y de conservación más arbitraria, constituyen la historia de la vida social y cotidiana de estos templos, su memoria humana.

Los historiadores John S. Ott y Anna Trumbore supieron percibir este desajuste, no solo a nivel peninsular, sino en la historiografía europea en general. Lograron con este volumen responder a una demanda que, quizás, muchos profesores universitarios ni siquiera habían detectado. Compilan, seleccionan y analizan en este magnífico volumen una amplia variedad de documentos que arrojan luz sobre las vidas del clero medieval. Atienden tanto a su complejidad social como a las distintas esferas de sus microhistorias vitales.

John S. Ott es un investigador consolidado en el campo de la historia eclesiástica y del derecho canónico, especialmente en el norte de Francia, y en el momento presente es

profesor de Historia en la Portland State University, universidad en la cual ha ejercido hasta 2025 como decano del College of Liberal Arts and Sciences. Destacamos su reciente publicación titulada *Bishops, Authority and Community in Northwestern Europe, c.1050-1150*, publicada en la Cambridge University Press en 2015.

Anna Trumbore Jones, doctorada en Historia Medieval por la Columbia University, ejerce actualmente como profesora de Historia Medieval en el Lake Forest College, en el estado de Illinois. Al igual que Ott, también ha trabajado ampliamente el episcopado francés desde su publicación titulada *Noble lord, Good shepherd: episcopal power and piety in Quitaine, 877-1050*, editada en Brill en 2009.

Fruto de la colaboración de ambos es el presente volumen, que, tal y como señalan en sus primeras páginas, no habría sido posible sin las aportaciones de numerosos latinistas y expertos que han auxiliado en la traducción, revisión y corrección del texto, especialmente en los pasajes más oscuros de las fuentes primarias escogidas.

El objetivo del libro, expresado por ellos mismos es “nuestro deseo de dar voz a grupos dentro del clero medieval que entendemos como subrepresentados en las colecciones documentales, especialmente los canónigos seculares, presbíteros y obispos que eran los primeros responsables del cuidado espiritual y físico de la población de la Cristiandad europea”. Su intención no es realizar una historia institucional de la Iglesia medieval, sino ofrecer una mirada hacia, por un lado, los ideales a los que el clero debía aspirar en su modo de vida y, por otro, la riqueza y variedad de sus experiencias vividas en el seno de la Iglesia. Incluyen en su introducción un amplio y actualizado estado de la cuestión sobre el poder episcopal y las reformas de la vida clerical carolingias y gregoriana.

En su introducción apuntan que el grupo humano objeto de su estudio no solo se centra en el alto clero, sino que también se aproximan a arcedianos y canónigos, supuestamente menos representados en los estudios de historia social de la Iglesia y en las colecciones documentales. En realidad, gran parte del libro privilegia el rol y las vidas de los obispos, y no tanto de otros clérigos que no ascendieron en la jerarquía: párrocos, capellanes, racioneros... Intuimos que esto deriva del propio interés investigador de los autores y de su documentación consultada, más relacionados con la dignidad episcopal. Sí hubiera sido interesante que ampliaran en ese sentido el grupo de análisis.

Con todo, es de agradecer que, por un momento, se desplacen del interés exclusivo sobre monjes necesitados de reforma, pontífices reformadores, cardenales, o individuos con fama de santidad. La mayor parte del clero secular no copaba las altas esferas ni eran santos, pero constituían una piedra angular en sus comunidades y vinculaban espiritualmente a sus vecinos con la divinidad y con el Más Allá.

Más posibilidades ofrece en cambio la acotación cronológica, que comprende el período carolingio, desde el siglo IX, hasta el IV Concilio de Letrán en 1215. Aluden a un período de configuración del clero como orden social distinto, tanto en términos eclesiológicos, legales y teológicos como en la percepción social de su entorno. Esta elección permite además interpretar en un mismo marco de análisis las reformas carolingias junto con las disposiciones de Gregorio VII y sus sucesores. Se observa la preocupación por la

promoción cultural y moral del clero; por garantizar la inmunidad eclesiástica; así como por la implantación de comunidades de canónigos regulares. Todas las iniciativas que se desarrollarán con ese fin en tiempos pleno y bajomedievales presentaban un poso previo, unos antecedentes.

Asimismo, el libro se centra en las fuentes primarias que conciernen al clero de, sobre todo, las provincias eclesiásticas de Reims y de Aquitania, dado que son las que más conocen los autores, están mejor documentadas y son más extensas. Ocasionalmente presentan estudios de caso de clérigos de Normandía, Borgoña, Lotaringia, Cataluña, Alemania e Italia. Espacios que fueron cuna de movimientos de reforma episcopal o apostólica, que las secundaron o las resistieron según el contexto, y que ofrecen modelos explicativos extrapolables para otros grupos eclesiásticos europeos.

Para ello, el libro se estructura en cuatro apartados que permiten organizar el discurso y comunicar de manera sencilla al lector la idiosincrasia del clero secular del siglo IX al XIII. Su primera parte, titulada “Normas y expectativas de comportamiento clerical” recoge los principios fundacionales de la disciplina eclesiástica y del oficio de los *oratores*, desde sus referencias bíblicas hasta los tratados de Ambrosio de Milán, Gregorio Magno o Isidoro de Sevilla. Asimismo, presta atención a los preceptos contemplados en distintas reglas episcopales carolingias, cánones conciliares y sinodales desde el concilio de Aachen de 816 hasta el IV Lateranense. Adosa distintos testimonios plenomedievales de vidas de obispos ejemplares, que debían servir de modelo para el resto del estamento.

La segunda parte “Los ritmos de vida clerical” nos aproxima a los aspectos más cotidianos, íntimos, privados, culturales y mentales de las vidas de distintos hombres de Iglesia. Así, comienza tratando sobre el sexo, el matrimonio clerical y los problemas prácticos que estas faltas morales suscitaban para la economía de sus parroquias y corporaciones. Pese a la apelación a la castidad y la condena del concubinato desde el Concilio de Nicea (325), Ott y Trumbore nos presentan diversas cartas, actas de visitas pastorales y poemas a través de los cuales se evidencia la presencia de clérigos concubinarios cuyos hijos les sucedían en sus oficios o, incluso, de eclesiásticos homosexuales.

Muestran también la resistencia de distintos cabildos de canónigos, como Cambrai y Noyon, contrarios a aplicar las disposiciones de los concilios de Tours (1060) y Poitiers (1078), alegando que los obispos reformistas atentaban contra sus costumbres y contra el derecho canónico. Los textos se prestan a un análisis sumamente interesante sobre cómo la Iglesia, desde la Plena Edad Media, trató de cambiar el concepto de masculinidad clerical, anexándolo inevitablemente a la castidad y el celibato. Ello derivó naturalmente en el conflicto con los clérigos que aún no habían asumido ese nuevo rol de género.

Abordan en este mismo apartado la realidad de las escuelas catedralicias de Bamberg, París, Reims o Chalons-en-Champagne. Se observa la instrumentalización de la formación como una vía de ascenso social, de constitución de amistades y redes clientelares, así como la vida cotidiana de unos estudiantes que, en Reims, parecen haberse incluso involucrado en una auténtica “guerra civil” de bolas de nieve con la población local en torno a 1137.

Por último, incluyen las concepciones de la muerte, los rituales fúnebres y los conflictos derivados de la sucesión y vacante episcopal. Para ello acuden las mandas testamentarias individuales de diversos obispos y prebostes; a los obituarios y necrologios de catedrales y colegiatas; así como a los epitafios y poemas fúnebres. La lucha por el *ius spoli* y los frutos intercalares se refleja en distintas letras apostólicas y reclamaciones regias.

El tercer apartado concierne a los “Deberes sacerdotales: ordenación, liturgia y sacramentos”. Es donde mejor concebimos la relación del clero con su rebaño de almas. A través de consuetas, sacramentarios y *ordines romani* vamos recorriendo las plegarias y rituales que los obispos y presbíteros debían desarrollar en la liturgia de las horas; en las festividades más o menos solemnes; en la administración de los sacramentos; la convocatoria de sínodos; la consagración de altares; la imposición de anatemas y excomuniones; amén de la reconciliación de altares e iglesias donde se había vertido sangre o cometido alguna falta condenable, violando así su inmunidad. Concluye con diversos testimonios sobre la recepción, adoración y gestión del culto a las reliquias.

La cuarta y última parte, “El clero secular en el mundo en general”, nos acerca a la proyección del clero fuera del recinto propiamente consagrado. Como muy bien apuntan los autores “el clero que vivía y ejercía su ministerio al mundo formaba parte, precisamente, de dicho mundo, social, económica, cultural y políticamente”. Por ello encontramos aquí una amplia selección de documentación relacionada con la gestión de propiedades eclesiásticas, sus bienes muebles, inmuebles, rentas y derechos sobre territorio urbano y rural; un patrimonio conformado a través de donaciones y diezmos. Un proceso que acompaña, a su vez, a la expansión de la red parroquial europea occidental. Continúan abordando la manera en que las viviendas y barrios de canónigos, con su riqueza, sistemas de alquileres y sus inmunidades, condicionaron la topografía de sus entornos urbanos en ciudades como Metz o Laon.

Finalmente, incorpora numerosos documentos sobre cómo “las habilidades del clero para usar la fuerza, para incitar a la guerra o para compeler la paz eran aceptadas y acogidas por muchos en la época, aunque, en otras instancias, fueran controvertidas”. Conflictos entre obispos y cabildos, obispos y comunidades monásticas, entre los propios prelados, o, incluso, testimonios sobre las violaciones de la inmunidad eclesiástica, la defensa de la Paz de Dios o el rol que desempeñaron los eclesiásticos en los conflictos con la sociedad laica. De cualquier manera, un marco de corrección, juicios y arbitraje que, para el caso de la sociedad urbana, no se queda en la violencia física, sino que descende a los choques judiciales por delitos menores, incumplimientos de legislación municipal o, incluso, aborda la concesión de limosnas y la atención hospitalaria.

De su lectura concluimos que se trata de una compilación con un hilo conductor y un sentido historiográfico, es coherente con las tendencias de investigación más fructíferas del momento presente. La estructura y organización de los contenidos resulta utilísima para quienes, como yo, hacemos historia social de la Iglesia, ya sea desde la prosopografía o desde otros enfoques menos cuantitativos. Los testimonios aquí recogidos, pese a no descender a las presencias en la base o el centro de la jerarquía

eclesiástica, aportan numerosas voces y ejemplos de lo que, realmente, significaba ser clérigo en la Edad Media.

Es más, el libro nace con una vocación docente, para ser utilizado durante las clases, y desde luego reivindicamos su uso para los docentes que en España quieran ilustrar o crear situaciones de aprendizaje sobre el clero medieval a través de estos textos. Cada fuente primaria cuenta en el libro con unos párrafos previos que contextualizan a los protagonistas, su espacio geográfico y temporal, así como diversas preguntas que podemos hacer a los estudiantes durante la lectura y trabajar sobre ellas: ¿en qué medida el clero se concebía como un grupo distinto al laicado? ¿qué problemáticas morales y prácticas conllevaba el concubinato clerical para la Iglesia? En numerosas notas al pie aportan bibliografía para ampliar distintos pasajes y aclaran terminologías específicas de la época.

Al final del libro incorporan un breve glosario donde los estudiantes pueden trabajar sobre conceptos que frecuentemente utilizamos en nuestras lecciones magistrales: arrianismo, ascetismo, arzobispo, obispo, abad, archidiócesis, colegiata, anatema, concilio, sínodo, catedral, cabildo, canónigo, deán, anatema, órdenes mayores, presbítero, o simonía, entre otros muchos. En suma, una publicación que tiene mucho que aportar a los enfoques científicos sociológicos y de vida cotidiana en la Iglesia medieval; y que puede servir de base para ejercicios de innovación docente que cada vez se valoran más en las aulas universitarias españolas. Al fin y al cabo, la realidad del clero de las regiones de Aquitania y Reims entre los siglos IX y XIII es extrapolable, en muchas de las cuestiones abordadas, a las diócesis y personalidades eclesiásticas peninsulares.